

santuario de Antinoé que representa a Baco y una divinidad; en seguida, telas paganas de la misma procedencia, un traje de bailarina romana, liras, joyas, amuletos. En frente de *Thais*, del otro lado de la *Rotonda*, la sepultura de *Leukyoné*, que se remonta al reino de Heliogábalo. Está ataviada de un traje gris-amarillo y de un velo de lana; ojos dorados, incrustados; un pequeño disco de oro sobre la frente; cabellos negros con una corona de flores; zapatos de cuero rojo con adornos también dorados.

Thais, qué nombre para hacer soñar! De ella hay un eco inolvidable en el *Infierno* de Dante: «Luego, mi guía me dijo: Haz de suerte que avanzando un poco veas la faz de aquella sucia esclava desgredada, que se destroza con sus uñas horribles, y que unas veces se encoge y otras se estira.

—«Es *Thais*, la cortesana, que respondió a estas palabras de su amante: —«¿Me amas mucho?

—«Inmensamente!»

En su leyenda se inspiró Anatole France para forjar una de sus más puras obras maestras, como Gustavo Flaubert en las *Vidas de los Padres de los desiertos* para su incomparable *Tentation de Saint Antoine*. Y es porque esas *Vitas Patrum*, escritas por antiguos autores griegos y latinos, han sido siempre inagotable fuente de inspiración; fueron el secreto de la elocuencia de San Juan Crisóstomo, recreo y deleite de Ignacio de Loyola, de los solitarios laicos de Port-Royal y de Ernesto Renán, quien, amante de todas las cosas bellas del mundo, tenía que hacer su elogio: «En los momentos de tedio y de abatimiento, cuando el alma herida por la vulgaridad del mundo moderno busca en el pasado la nobleza que no halla ya en el presente, nada vale lo que *Las Vidas de los Padres de los desiertos*». Si Renán estaba en lo cierto, júzguelo el lector por la siguiente traducción literal, hecha sobre *Les vies des S. Pères des deserts écrites par des Pères de l'église et autres anciens auteurs grecs et latins. Traduction française des originaux, par M. D'Andilly, Paris, 1736.*

«VIDA DE SANTA
THAIS PENITENTE,
ESCRITA POR UN
AUTOR GRIEGO.

HABÍA una cortesana llamada *Thais*, cuya belleza era tan extraordinaria, que muchos, vendiendo todo su patrimonio por amor de ella, se vieron reducidos a pedir limosna; y muchos otros de sus amantes sintieron por ella tan grandes celos, que sus pendencias bañaron a menudo su casa de sangre. Habiéndosele referido esto al Abad

Pafnucio, tomó un vestido seglar y dinero, y marchándose a buscarla, a una ciudad de Egipto, donde vivía, le dio el dinero por precio del pecado que fingía tener el designio de cometer. Después de recibirlo ella, lo condujo a una alcoba donde había un lecho magnífico. Luego de lo cual, él le dijo: Si hay alguna alcoba más retirada que ésta, vamos allá, te lo suplico. Ella le respondió: Hay una, pero, si son las gentes las que teméis, os aseguro que nadie entrará aquí, y si es a Dios, no hay lugar que se pueda ocultar a sus ojos. El viejo le respondió: ¿Tienes seguridad de que hay un Dios?—Lo sé, le replicó ella, y sé, además, que hay un reino por venir para las almas buenas, y un infierno donde los malvados serán eternamente castigados.—Si conoces estas cosas, le dijo Pafnucio, ¿cómo causando la pérdida de tantas almas te has puesto en estado de ser condenada con justicia cuando tengas que dar cuenta ante Dios, no sólo de tus crímenes sino también de los crímenes de los demás? *Thais*, comprendiendo por estas palabras que era un servidor de Dios, se arrojó a sus pies deshecha en lágrimas, y le dijo: Padre mío, ordenadme la penitencia que gustéis, porque yo espero que Dios me hará misericordia por vuestros ruegos. Yo os pido solamente tres horas de tiempo, y después yo me trasladaré a donde os plazca y ejecutaré todo lo que me ordenéis. Habiéndole dicho Pafnucio el lugar a donde debía ir, reunió todo lo que había adquirido por sus pecados, y amontonándolo en medio de la ciudad, le puso fuego, en presencia de todo el pueblo, y exclamó, en alta voz: Todos vosotros que sois cómplices de mis crímenes, venid a ver cómo reduzco a cenizas todas las cosas que me habéis dado. Y lo que ella quemó valía cuarenta libras de oro.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Después se marchó al lugar que Pafnucio le había indicado, y él la condujo a un monasterio de vírgenes, donde la encerró en una celda cuya entrada tapó con plomo, dejando solamente una rendija para pasarle de comer, y ordenó a las hermanas que le llevaran todos los días un pedazo de pan y agua durante todo el resto de su vida.

Ya cerrada la puerta, *Thais* le preguntó, al verlo partir, dónde podría ir en sus necesidades, y él le respondió: A tu celda, puesto que tus pecados merecen esa mortificación. Habiéndole también preguntado de qué manera debía rogar a Dios, él le dijo: No eres digna de pronunciar su nombre, ya que tus labios están llenos de iniquidad, ni de levantar tus manos hacia el cielo, puesto que ellas están sucias de tantas impurezas. Mas contentate con mirar del lado del oriente y repetir a menudo estas palabras: Vos, Señor, que me habéis formado, tened piedad de mí.

Habiendo pasado *Thais* tres años reclusa de esta suerte, Pafnucio tuvo compasión de ella y fué a buscar a San Antonio para saber si Dios ya le había perdonado sus pecados. Ya en compañía del Santo y sin decirle el objeto de su visita, San Antonio reunió a sus discípulos y les ordenó pasar aisladamente toda la noche, en oración, para ver si Dios revelaba a alguno de ellos la causa de la llegada de Pafnucio. Habiéndose, pues, retirado cada uno en particular, y orando sin interrupción, Pablo, que era el predilecto de los discípulos de San Antonio, vió en el cielo un lecho soberbio rodeado de tres vírgenes cuyos rostros eran resplandecientes.

Después de lo cual, habiendo exclamado: Un favor tan grande no puede ser concedido sino a mi Padre Antonio, oyó una voz que le dijo: No es concedido a tu Padre Antonio sino a *Thais*, la cortesana. Habiéndoles contado Pablo esta visión, y conociendo Pafnucio por ella cuál era la voluntad de Dios, se marchó al monasterio donde *Thais* estaba reclusa, y abrió la puerta de la celda que él había tapado, bien que ella le suplicase dejarla así encerrada. En seguida le dijo: Ven, porque Dios te ha perdonado tus faltas. Ella le respondió: Lo tomo por testigo de que, desde mi entrada aquí, amontoné todos mis pecados ante mis ojos y no he cesado de mirarlos y de llorar contemplándolos. Es por esto, le dijo Pafnucio, y no a causa de tu penitencia, por lo que Dios te los ha perdonado.

Thais, fuera de su celda, sólo vivió quince días, y se reposó en el Señor...

CORNELIO HISPANO

(Cromos. Bogotá).